

LOS CADETES NAVALES ABREN FUEGO

(LA INTERVENCIÓN DE 1914)

David Martín del Campo



YS
FUL-
NE!



Revolución

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



**MÉXICO
2010**



LOS CADETES NAVALES ABREN FUEGO (LA INTERVENCIÓN DE 1914)

David Martín del Campo

FUE UN DESPERTAR INSOSPECHADO. CORRÍA EL AÑO DE 1914 y aquella mañana los habitantes de Veracruz miraban hacia el Golfo con escalofrío. No se trataba de un norte más que golpeaba la costa con sus rachas de tormenta. El amanecer de aquel martes 21 de abril era distinto porque en los confines del horizonte se adivinaban las siluetas de muchos barcos de guerra.

Por aquel tiempo México vivía un episodio más de la revolución iniciada por Francisco I. Madero cuatro años atrás. Y si no estábamos en guerra contra ningún país, ¿entonces por qué se aproximaban aquellos acorazados en actitud hostil? En el transcurso de la desventurada fecha los veracruzanos irían comprendiendo la gravedad de los hechos.

Ciertamente aquéllos eran días de extrema confusión: el general Victoriano Huerta se había apoderado del gobierno luego de eliminar al demócra-

ta Madero y ahora enfrentaba a los ejércitos en rebeldía de Venustiano Carranza, Pancho Villa y Emiliano Zapata, que buscaban restablecer el orden constitucional roto por el golpe de Huerta. En esas circunstancias fue que el gobierno de los Estados Unidos, inquieto por el rumbo que pudieran tomar las cosas al sur de la frontera, decidió enviar a su flota de guerra para presionar a los contendientes. Y lo hizo de la peor manera.

Con el pretexto de un incidente protagonizado por un grupo de marineros estadounidenses en el puerto de Tampico, y a fin de evitar el desembarco de pertrechos para el gobierno de Huerta, ese martes de abril el presidente Woodrow Wilson desplazaba en una acción conjunta cuarenta y cinco navíos —entre acorazados, torpederos y buques de transporte— hacia el principal puerto mexicano, con el fin de ocuparlo militarmente.

Poco antes de la operación, un representante del almirante Frank Fletcher (que capitaneaba la flota) dio aviso al general Gustavo Mass, comandante del 19º Batallón en la zona, de la inminencia del asalto. Así que a las once de la mañana, cuando los primeros *marines* desembarcaban en el muelle, los solda-

dos de Mass —que estaban a las órdenes del dictador—, ya habían desalojado la ciudad “a fin de evitar un derramamiento de sangre”. De modo que no hubo fuerza militar suficiente que repeliera la ocupación. La columna de federales había partido hacia Tejería, catorce kilómetros tierra adentro, de manera que los primeros desplazamientos del invasor fueron como un paseo.

Sin embargo, en ese momento corrió la voz de alarma en la Escuela Naval... “¡Nos están invadiendo los yanquis!”, y el centenar de cadetes que aún permanecían en el cuartel se asomaron por las ventanas. La academia está muy cerca del muelle, y desde la azotea muchos pudieron comprobar el desembarco de aquellos primeros *marines* ataviados con sus uniformes color caqui y su sombrero tipo vaquero, con fusiles y mochilas de campaña. Era la hora de actuar: el comodoro Manuel Azueta organizó la resistencia, y de mano en mano pasaron mosquetones y cartuchos. En eso se comenzaron a escuchar los primeros disparos en el muelle fiscal.

En los días anteriores, ante el rumor de la intervención, se había organizado una pequeña fuerza de voluntarios a la que se unieron los reos que fueron

liberados del presidio de San Juan de Ulúa y que eran llamados, por su uniforme, “los rayados”. Muchos de ellos participaron activamente en la defensa, aunque algunos aprovecharon para darse a la fuga.

Mientras tanto, en la bahía las torretas de los acorazados *Texas*, *Minnesota*, *Florida*, *Utah*, *Missouri*, *Dakota* y *Mississippi* ya apuntaban sus cañones hacia las zonas de mayor beligerancia, al tiempo que modernos hidroaviones sobrevolaban el puerto para hacer observaciones estratégicas.

En la Escuela Naval comenzó entonces el fuego de la fusilería. Los cadetes (emulando a los del Castillo de Chapultepec sesenta y seis años atrás) habían llevado mesas y colchones a las ventanas para formar parapetos desde donde disparaban contra el invasor. De uno y otro lado empezaron a caer los heridos, y fue cuando una bala le quitó la vida al cadete Virgilio Uribe, apostado en una de las ventanas. El tiroteo fue haciéndose mayor y los *marines* seguían desembarcando en los muelles.

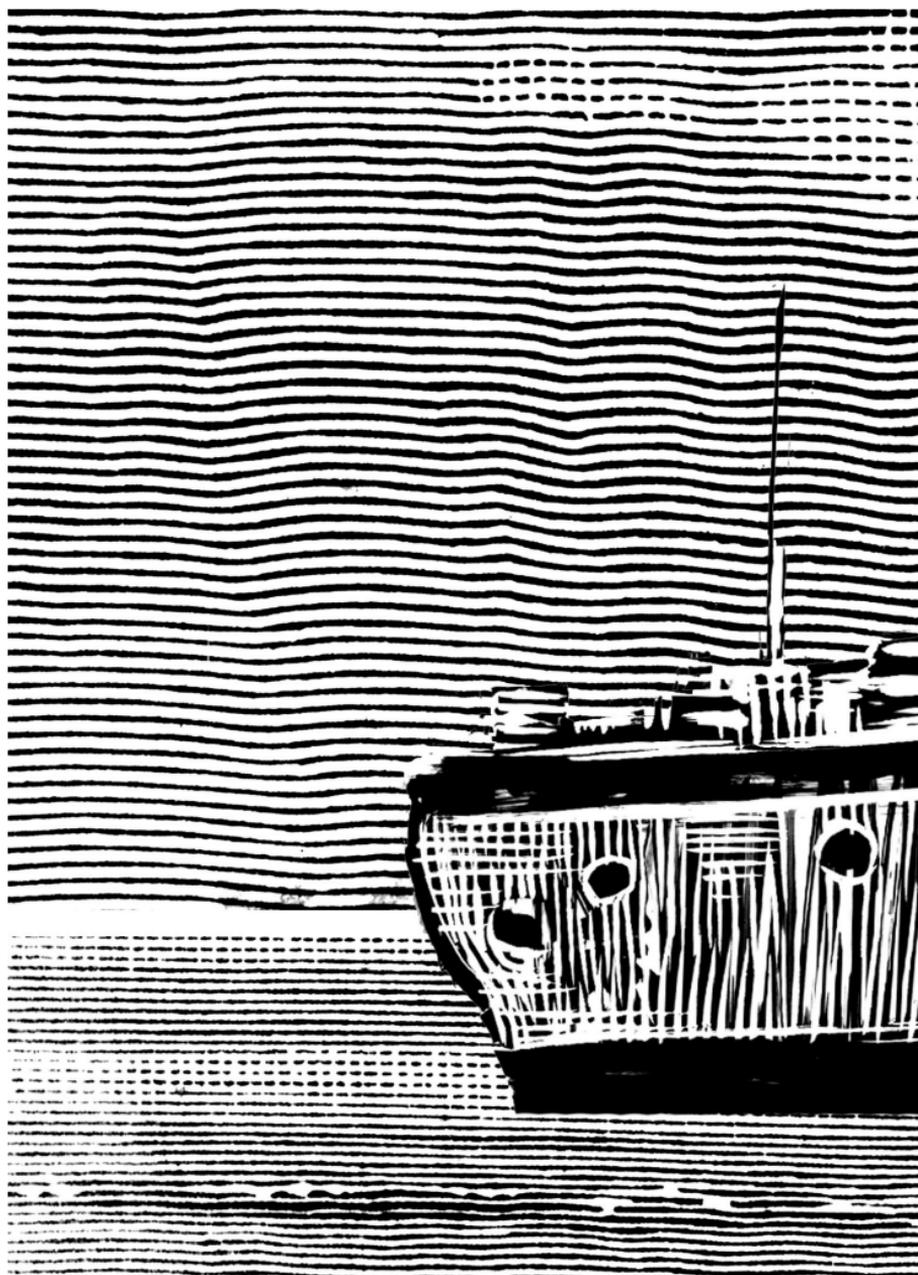
En eso comenzó a escucharse el tableteo de la ametralladora que habían dejado los soldados del general Mass. Era el cadete José Azueta, hijo del comodoro, quien, apostado en la calle aledaña al cuartel,

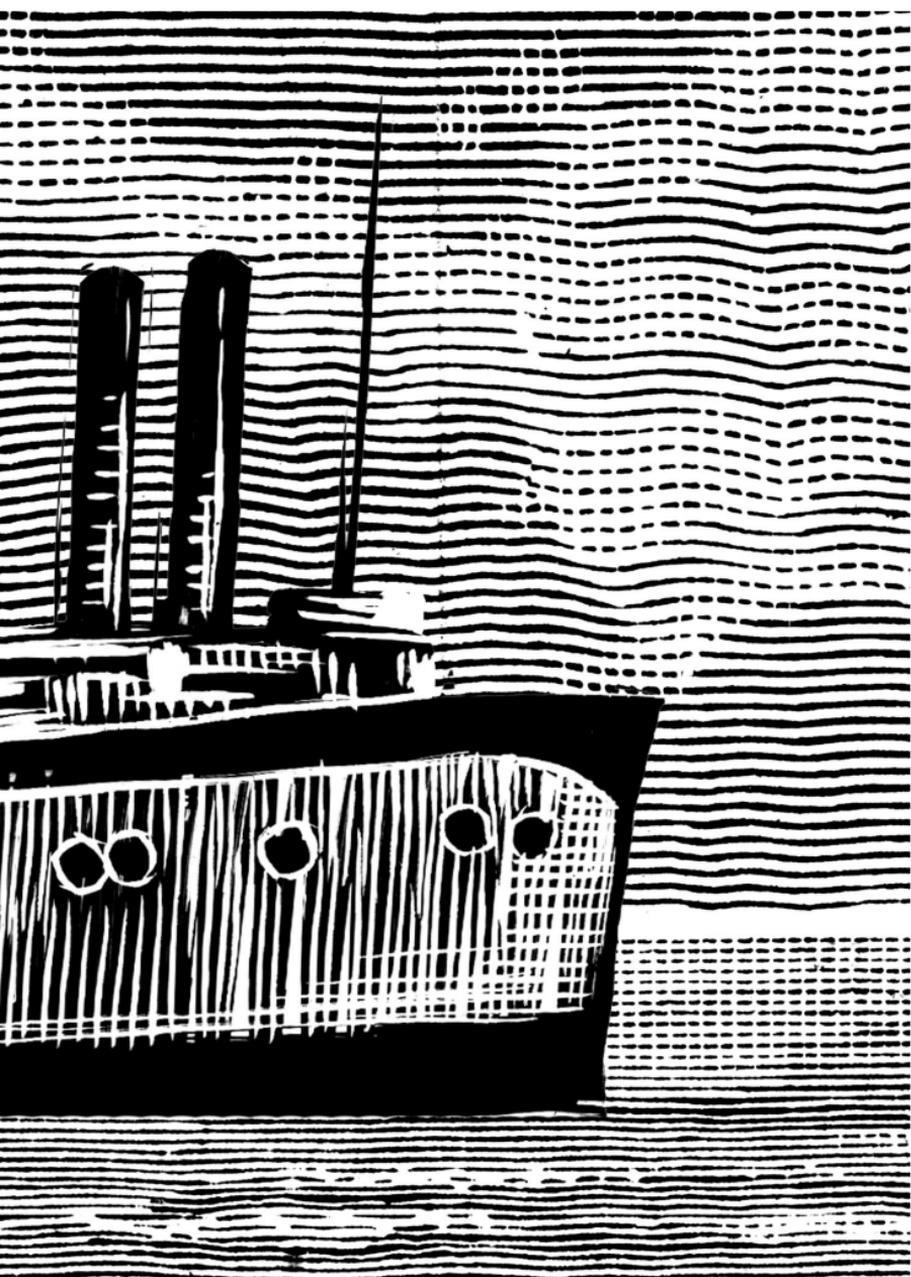
lanzaba ráfagas de balas contra los sorprendidos invasores. A esas descargas comenzaron a sumarse las de los francotiradores veracruzanos que disparaban desde edificios y azoteas, además de las de los soldados rezagados del 19º Batallón, que decidieron presentar combate desde algunas esquinas.

Entonces se inició el bombardeo de los acorazados, que se ensañaron contra los edificios del centro durante casi una hora. Todo fue más confuso, y con las explosiones comenzaron a contarse las primeras víctimas entre la población civil.

Junto a la Escuela Naval, mientras tanto, Azueta seguía disparando hacia el muelle, que debió ser abandonado por el invasor; sin embargo, el teniente no tardó en quedar herido.

Una bala le había dado en una pierna, pero aun así él seguía disparando metralla contra los yanquis. Poco después otra bala le hirió un brazo, y le fue ya imposible continuar resistiendo. Fue entonces cuando los proyectiles del acorazado *Praire* comenzaron a hacer blanco en los muros del cuartel, lo mismo que otras edificaciones cercanas. Ante la desproporción del ataque, los cadetes decidieron abandonar el cuartel por la parte trasera.





La batalla duró hasta el atardecer, pero cada vez con menor intensidad. El parte de guerra indicaba que veintidós *marines* habían muerto ante la mira de los veracruzanos (además de medio centenar de heridos), mientras que más de ciento setenta defensores habían caído en la refriega, entre ellos los cadetes Uribe y Azueta.

Esa tarde se decretó toque de queda (que es la prohibición de transitar de noche por las calles) y se requisaron todas las armas de manos de los civiles. La bandera estadounidense fue izada finalmente el día 26 en el Palacio del Ayuntamiento, luego de crearse un Gobierno Civil de Fuerzas de Ocupación.

Una vez consumada la invasión, un equipo médico yanqui visitó el hospital donde el teniente Azueta era atendido. Se le reportaba “de mucha gravedad”, pero apenas los vio gritó desde su lecho de agonía: “¡Que se larguen esos perros, no quiero ni verlos!” Moriría el 10 de mayo.

Semanas después el almirante Fred Funston suplió a Fletcher como comandante de las fuerzas de ocupación, que llegaron a sumar cerca de cuatro mil hombres. Sus barracas y comedores fueron instalados por todo el puerto: en patios, portales, jar-

dines públicos e incluso cines abandonados. Muy pronto el toque de queda fue abolido, entre otras razones porque muchos habitantes, atemorizados, habían migrado a poblaciones cercanas.

Hubo muchas historias en torno a los yanquis en Veracruz. Una afirmaba que de un momento a otro los estadounidenses avanzarían hacia el centro del país apoyados por la flota anclada ante el muelle. Otra contaba que noche tras noche un soldado yanqui desaparecía misteriosamente en las tabernas del puerto. Y una más, que era la más verosímil, sostenía que las enfermedades endémicas de aquel entonces —el paludismo y el dengue— terminaron por derrotarlos.

Lo cierto es que la intervención en Veracruz fue una forma de presionar a los contendientes de la Revolución mexicana, aún inconclusa, para proteger los intereses estadounidenses en el país, además de impedir el suministro de armas para el ejército del usurpador Huerta. Sin embargo, no hubo que esperar mucho: el 23 de junio las fuerzas de Pancho Villa derrotaron al ejército federal en la legendaria batalla de Zacatecas, por lo que el dictador renunció a la presidencia a los pocos días y huyó del país.

La ocupación de Veracruz duró poco más de siete meses. El 23 de noviembre los *marines* se reembarcaron rumbo al puerto de Galveston, de donde habían zarpado. La plaza fue entregada al general Cándido Aguilar, quien restableció la paz en el puerto. Al poco tiempo, el encargado del Poder Ejecutivo, Venustiano Carranza, instaló ahí su gobierno.

Con la intervención de 1914, el puerto de Veracruz se ganó el título de “cuatro veces heroica”, porque los porteños resistieron esta invasión pero igualmente el bombardeo del ejército español en 1825, el de la flota francesa en 1838 (durante la “Guerra de los Pasteles”), y la guerra contra los Estados Unidos en 1847.

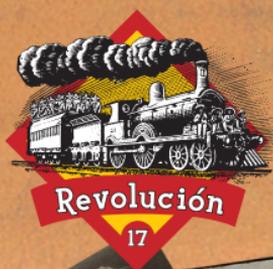




Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin y David Lara,
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO
2010

